

# El discurso de Friedman: *mercado, universidad y ajuste cultural en Chile*

Luis E. Cárcamo-Huechante

Enseña literatura y cultura latinoamericana en la Universidad de Harvard

*La conferencia de Friedman en Chile (Marzo 1975) lanza la noción de una economía abierta, guiada por la lógica de mercado (transnacional), en oposición al paradigma del "Estado de compromiso".*

*Pero la conferencia condensa además varias transformaciones simbólicas que afectan las figuras del Estado y la Universidad (sus territorialidades, sus marcas) al redefinir el rol del discurso económico y las relaciones entre saber y mercado en un escenario donde predominan "los técnicos".*

*No quiero dejarles con falsos conceptos o con equívocos: no se logrará ponerle fin a la inflación sin pagar costo alguno, pero continuar con una inflación tiene también altos costos. En el hecho, Chile es un país muy enfermo y un enfermo no puede esperar recuperarse sin costo. (Milton Friedman, Santiago, 1975)<sup>1</sup>*

[1] Ver "Chile y su despegue económico" de Milton Friedman (Santiago: Cuadernos Docentes, Facultad de Administración y Economía, UTE, 1975).

El 26 de marzo de 1975, en el Edificio Diego Portales de Santiago, y bajo el patrocinio de la Facultad de Administración y Economía de la Universidad Técnica del Estado, tuvo lugar un evento clave para entender las transformaciones simbólicas de la sociedad chilena a fines del siglo veinte: la conferencia dictada por el economista norteamericano Milton Friedman.<sup>2</sup> Publicado en julio de 1975 bajo el emblemático tí-

[2] El golpe militar liderado por el general Augusto Pinochet se había producido el 11 de septiembre de 1973, interrumpiendo violentamente la vida democrática del país e instaurando un régimen autoritario que se mantendría en el poder hasta el 11 de marzo de 1990. La visita de Friedman a Chile se materializó en un clima decisivo para el rumbo de la política económica del gobierno de la Junta Militar. El impacto de la visita de Friedman al país se reflejó no sólo en su fluida interacción con los círculos económicos, políticos e intelectuales más influyentes dentro del oficialismo, sino también en el hecho de que sostuvo Friedman mismo una entrevista personal con el general Pinochet.

tulo "Chile y su despegue económico", este evento/texto ofrece la posibilidad de rastrear signos culturales en el dominio del discurso económico y, más particularmente, en el discurso de los economistas, en tanto productores y diseminadores de sentido.

En el presente artículo, propongo leer la intervención de Friedman como acontecimiento (escénico y discursivo) que registra juegos de intercambio simbólico basados en una economía de desreferencialización y relocalización de signos culturales. A mi juicio, en el discurso de Friedman se juegan transacciones en torno a dinámicas de relocalización simbólica de ciertos íconos del Estado —la figura misma del Estado, la universidad, la simbología económico-nacional—, así como también de configuraciones económico-simbólicas del saber y la producción intelectual, instalando una matriz mercado-céntrica en el escenario de la sociedad chilena: más enfáticamente, una cultura de mercado.<sup>3</sup> A partir del seguimiento analítico de estos

[3] Con la noción de matriz mercado-céntrica describo y defino la perspectiva de una filosofía económico-social, como la de Milton Friedman, para la cual la economía de mercado se constituye en eje de la vida social en general. A lo largo de mi trabajo, se puede advertir un particular y selectivo uso del término Mercado, con capital. Esto no es gratuito, sino que precisamente intenta preservar ese sentido mayúsculo que adquiere el término en la narrativa económica del período del ajuste en Chile, en contrapunto con la otra figura mayúscula en juego: el Estado.

signos, deseo demostrar que la intervención de Friedman no sólo tiene importancia en la política del "ajuste estructural" de la economía del Chile de fines del siglo veinte, sino que, sobre todo, implica el montaje escénico de un "ajuste cultural", la

performance misma del "shock" con respecto a la economía simbólica de un espacio intelectual y cultural de carácter nacional. Este acontecimiento es el que, entonces, designaré bajo un nombre: "la escena Friedman en Chile".

## CULTURA DE ESTADO, UNIVERSIDAD: SIGNOS DISLOCADOS

Al abrir su discurso, Milton Friedman entra en contrapunto inmediato no tanto con la tradición del intelectual como reductor social, sino con aquella del académico de "la torre de marfil", propio de la mentalidad platónico-iluminista que marca ciertos circuitos intelectuales hegemónicos y a la cual el "libremercado" —en su impulso anti-humanista— también busca desplazar y aniquilar. Un signo de esta batalla de sentidos se puede advertir en el momento en que César Sepúlveda, encargado de presentar a Friedman a nombre de uno de los auspiciadores del evento (el Banco Hipotecario de Chile), intenta enmarcar al economista de Chicago en dicha matriz platónico-iluminista, definiéndolo como "un hombre en quien destaca una real sabiduría, aquella que Platón exigía para los gobernantes de su utópico Estado" (Friedman 7). Frente a ello, Friedman delinea su propia localización, marcando una distancia desde las primeras líneas de su intervención:

"Muchas gracias por tan generosa y espléndida introducción. Sin embargo, debo confesar que me siento un tanto incómodo con toda alusión que se haga a la Filosofía de Platón, puesto que en una sociedad libre no hay un lugar para el tipo de elite filosófica que Platón supone." (9)

En su horizonte de "sociedad libre", término bastante paradójico en las condiciones de Chile bajo gobierno autoritario, Friedman hace evidente su diferencia con el enfoque de los intelectuales de "la torre de marfil" e instala aquello que será recurrente en el discurso de los *Chicago boys* en el curso de los años siguientes: la "ciencia económica" se articula como saber técnico en simbiosis con la gramática misma del mercado y, por tanto, se hace parte de la cultura ciudadana. En este sentido, las primeras frases del discurso de Friedman no son de índole económica sino que, enfáticamente, establecen un patrón filosófico-cultural con respecto al lugar de la producción académica e intelectual en la sociedad de mercado, perfilando estratégicamente una política cultural y, por sobre todo, una economía del saber. La operación retórica de Friedman se puede leer como una manera de sentar las bases para un vínculo *productivo* entre la alta academia, los asuntos de gobierno y la vida económica, desbancando la localización metafísica del saber en las configuraciones platónicas del viejo "espíritu universitario".

En el capítulo VI de La República, el filósofo griego ya había sentado las bases para una dramática escisión entre econo-

[textos críticos: dos conferencias]

mía y filosofía, corte que hace suyo al sancionar, vía Sócrates, a aquellos que practican coyunturalmente la actividad del “pensamiento” y que “una vez que se han aproximado a la parte más difícil de la filosofía y son tenidos por filósofos consumados, se alejan de ella por la economía doméstica y los negocios” (498).<sup>4</sup>

[4] Las citas de La República de Platón corresponden a la traducción de Gastón Gómez-Lasa (Valdivia: Universidad Austral de Chile, 1983).

De este modo, el idealismo platónico separa tajantemente la actividad filosófica de los vaivenes de la vida económica, para concebir a los filósofos como aquellos “que pueden alcanzar lo que siempre se mantiene igual a sí mismo, y no son los que se pierden cosas múltiples y de todas clases” (Platón 484a). Precisamente, el proyecto conservador de la universidad como “torre de marfil”, presente en los debates previos a 1973, es heredero de esta articulación del saber más allá de la economía. Coincidiendo eventualmente con los neoconservadores, este academicismo tradicional se enfrentará de manera abierta a la figura populista del intelectual del Estado de compromiso; no obstante, contradictoriamente, compartía con este último su “fe” en el halo luminoso de una verdad trascendente y salvadora.

Para desencanto de estos platónicos “guardianes” del espíritu universitario, la tecnocracia de mediados de los 70, reforzada por los planteamientos de Friedman, de ninguna manera “invertirá” en la restauración simbólica y administrativa del orden academicista del saber. Así, durante los 70 y los 80, la política universitaria del régimen autoritario, en su expresión más concentrada, procede al cierre o a la drástica reducción de la mayoría de los departamentos de Filosofía y otras disciplinas no-productivas a lo largo del país. La economía simbólica del orden inmutable y eterno del horizonte platónico entrará en dramática “bancarrotas” ante el “ajuste cultural” que se anuncia desde las primeras líneas de la intervención de Friedman. Cabe recordar que, en abril de 1975, los economistas del régimen inician la política del “shock” en la economía chilena.<sup>5</sup> Dentro de este

[5] Según reportan los periodistas Manuel Délano y Hugo Translaviña, en su libro *La herencia de los Chicago Boys* (Santiago: Las Ediciones del Ornitorrinco, 1989), “la paternidad del Programa de Recuperación Económica—más conocido como el ‘tratamiento de shock’ desde que fue anunciado por cadena nacional de radio y televisión, el 24 de Abril de 1975—corresponde al ministro de Hacienda Jorge Cauas” (46). Sin embargo, cabe consignar que el concepto ‘tratamiento de shock’ ya está presente en el propio discurso de Friedman. El economista plantea: “Sería muy provechoso que Chile examinara algunos ejemplos en los que se ha aplicado este tratamiento de shock al problema de la inflación y de la desorganización” (Friedman 12).

contexto, esto también se puede rastrear en las discontinuidades discursivas que registra “la escena Friedman en Chile”. De hecho, el dramático contraste entre las palabras del presentador (hablando desde el academicismo de raigambre platónico-iluminista) y las primeras palabras de Friedman (el saber en la sociedad de libremercado) se puede, entonces, leer como un evento que escenifica la política del “shock”, en este caso no tanto en el orden económico sino en el cultural. En un sentido, esto sugiere que el “ajuste cultural” (marzo de 1975) ha precedido, y anunciado, el “ajuste estructural” que, al mes siguiente, comenzará a reconfigurar económicamente la sociedad chilena. Pero más aun: dentro del mismo evento, el “shock” de la discontinuidad de los discursos—leído como “ajuste cultural”—precede al momento en que Friedman se referirá al “tratamiento de shock” en términos económicos.<sup>6</sup>

[6] Tal cual lo he consignado en la nota anterior, esto último ocurre en la página 12 del texto de Friedman.

Es sabido que Friedman constituye una figura mayor en el diseño intelectual de la concepción de “la economía de libremercado”, cuya propuesta apuntará a la drástica desregulación de la actividad económica, cancelando la centralidad del Estado y liberalizando los mercados.<sup>7</sup> Su discurso

[7] Es necesario situar la figura de Friedman en un contexto de compleja “transferencia ideológica” en el plano económico, lo cual acontece dentro de una larga relación entre la Escuela de Economía de la Universidad de Chicago y los economistas chilenos ligados al programa de Economía de la Universidad Católica de Santiago, proceso acuciosamente analizado por Juan Gabriel Valdés en su libro *La Escuela de Chicago: operación chilena* (Buenos Aires: Grupo Editorial Zeta, 1989). Sería simplista personalizar en Friedman la paternidad del “modelo chileno.” A este respecto, en su estudio titulado *La revolución empresarial chilena* (Santiago: Dolmen Ediciones, 1997), Cecilia Montero deja en claro que “la llegada de las ideas de Chicago a

Chile no se puede atribuir al azar” sino que es parte de “un intercambio académico” que data de 1957, cuando se establece un contrato entre la Universidad de Chicago, la Universidad Católica y la Administración para la Colaboración Internacional, lo cual derivó en el envío, ya en 1957, de veintiséis economistas chilenos a estudiar en Chicago. Más que Friedman, en esta etapa, Arnold Harberger fue quien respaldó directamente este proceso. En una reciente entrevista, Friedman mismo ha subrayado este aspecto (*La Tercera*, 02/04/2000). Por tanto, la relevancia de Friedman para mi discusión no tiene que ver con aclarar su grado de paternidad o no paternidad con respecto a los Chicago boys sino, más bien, con su locación de autoridad en el circuito de la elite económico-política y en la opinión pública chilena. Un hecho llamativo, a este respecto, es que, durante su visita de 1975, se le hizo aparecer en el canal de televisión gubernamental para dar una clase magistral (Valdés 35). Esto, precisamente, refuerza la noción misma de “la escena Friedman en Chile”. A pesar de que otras personalidades prominentes de la filosofía económica monetarista, tales como Von Hayek y Harberger visitaron el país en este período, Friedman se constituyó de lejos en el gurú del “libremercado” en el espacio público chileno.

so de marzo de 1975, en Santiago, tiene como audiencia privilegiada la elite económica, empresarial y militar del período y, básicamente, su objetivo es promover y fortalecer el posicionamiento del círculo de economistas que en el país favorecen el giro propiciado por su filosofía económica; este grupo será popularizado bajo el epíteto *Chicago boys* (Meller 1984; Valdés 1989).<sup>8</sup> En este contexto, el discurso y la visita de Friedman apuntan a establecer emblemáticamente un rumbo “para” la sociedad chilena, cuyo “prerrequisito fundamental” es “establecer un Mercado de Capitales mucho más fuerte, viable y eficaz”, teniendo como “condición necesaria para ello” el “poner fin a la inflación” (Friedman 11). A juicio del economista norteamericano, esto implica reducir drásticamente el gasto fiscal, obtener préstamos del exterior y fijar tasas de interés *de acuerdo con el Mercado*. El corolario de este proceso es conducir a la sociedad chilena hacia un modelo global de mercado, planteamiento que se hace explícito en su intervención:

[8] Ver “Los Chicago Boys y el modelo económico chileno: 1973-1983” de Patricio Meller (Santiago: Apuntes CIEPLAN, 1984) y el anteriormente citado trabajo de Juan Gabriel Valdés.

“Una economía de mercado es aquella que elimina las barreras aduaneras y las restricciones y permite que cualquier ciudadano del país compre donde crea que puede comprar más barato y que produzca bienes que pueda vender en el exterior al precio más conveniente; en síntesis, lo que se necesita para un desarrollo vigoroso en Chile es el fortalecimiento del sector privado mediante la eliminación de los obstáculos y de los subsidios.” (Friedman 15)

La noción de una economía abierta, guiada por la lógica de mercado (transnacional), se ubica al centro de la presente exposición de Friedman, en oposición al paradigma del “Estado de compromiso” que acentuaba la industrialización interna, el mercado doméstico y el proteccionismo estatal. Ahora, en vez del Estado, el nervio articulador viene a ser el “sector privado” como eje del nuevo “Mercado de capitales”. Así, la intervención de Friedman constituye un hito en la abierta formulación de una propuesta económica “para Chile”, orientada a poner fin al paradigma del modelo industrializador sustitutivo de importaciones y del Estado planificador, para abrir paso a la economía del “libre mercado”.<sup>9</sup>

[9] Para una visión económico-política del tránsito del “Estado de compromiso” al libremercado en Chile, tengo como referencia principal el ya mencionado estudio de Cecilia Montero. En términos de crítica cultural, Ni apocalípticos ni integrados (Santiago: Fondo de Cultura Económica, 1994), de Martin Hopenhayn, constituye una fuente de particular interés, en especial su sección “Crisis de legitimidad en el Estado Planificador” (págs. 180-239).

Dados los propósitos de reflexión crítico-cultural del presente trabajo, no me corresponde detenerme en el análisis y discusión de las implicaciones económicas, políticas y sociales de la propuesta de Friedman, dimensión que, por cierto, ha sido abordada en profundidad, y continúa siendo debatida en la vasta literatura existente en el campo de los estudios económicos y socio-políticos. Por mi parte, lo que deseo abordar es la inflexión cultural y simbólica que contiene este acontecimiento: para empezar, la performatividad que conlleva el anuncio del desmantelamiento de la matriz Estado-céntrica en uno de los restos de su horizonte histórico-discursivo, el “nombre” mismo de la Universidad Técnica del Estado.

No se puede leer sino como una paradoja el hecho de que la

presentación de Milton Friedman tenga lugar bajo el auspicio de la Universidad Técnica del Estado, una institución emblemática en el contexto del Estado solidario del gobierno de Frei Montalva (1964-1970) y del Estado socializante del período de Allende (1970-1973). De acuerdo con Enrique Kirberg, quien fuera su rector entre 1969 y 1973, la Universidad Técnica del Estado se constituyó en una entidad de avanzada en la promoción de sectores populares a la vida universitaria, materializando así una idea-fuerza del proyecto educacional del Estado desarrollista, solidario (Frei) y socializante (Allende). La siguiente descripción de Kirberg, contenida en un texto dirigido a la audiencia académica internacional, provee *in extenso* una imagen de cómo se autopercebía y cómo actuaba la Universidad Técnica del Estado hasta 1973:

“Fuimos una universidad de veinte mil estudiantes... Sentíamos que nosotros teníamos que hacer algo por el resto del país. Entonces comenzamos lo que denominamos “cursos de temporada” en varias partes del país, los que duraban dos o tres semanas y cubrían todas las áreas de estudio—economía general, literatura, mecánica automotriz, música y poesía. Enseñábamos matemáticas a los padres de los niños que estaban aprendiendo matemáticas; más aun, enseñábamos a las madres cómo hacer ropa para los niños. Hubo un gran entusiasmo por aquellos cursos y llegamos a tener 52.000 estudiantes adultos durante el último año del programa. La universidad también tenía una cadena de estaciones radiales a través del país, con programas especiales en ciencias y música selecta. Estimulábamos la formación de conjuntos artísticos, grupos de teatro y coros. En la Universidad Técnica del Estado tuvimos dieciséis coros, asumiendo que, como solíamos decir, “una persona que canta no puede ser una mala persona.” También publicamos libros y revistas e hicimos cinematografía.” (Kirberg 14 1981)<sup>10</sup>

[10] Ver “Comparison of Education Goals in Chile Before and After 1973” de Enrique Kirberg (Quebec, Canada: Working Paper Series #28, Centre for Developing-Area Studies, McGill University, 1980). La traducción de la cita, del inglés al español, es mía.

Si se piensa en el modelo de universidad moderna dentro de la tradición del Iluminismo, tan influyente en Chile y Latinoamérica, se debe subrayar su estrecho vínculo con la Nación-Estado, especialmente considerando dos de sus principios rectores: “el concepto kantiano de razón” y “la idea de cultura” en el sentido de Humboldt, ambos poderosamente ligados con el ideal de una “misión nacional-cultural” (Readings 1-15).<sup>11</sup> Sin duda, los tropos del “país” y la “cultura” ocupan un lugar central en el texto de Kirberg, relocalizando los ideales de universidad a lo Kant y a lo Humboldt dentro del horizonte simbólico del Estado desarrollista. A ese respecto, el “nosotros” de la comunidad universitaria—la Universidad Técnica del Estado—se inviste del halo propio de la figura del “gran educador”, es decir, el intelectual colectivista y público del Estado solidario. Por otro lado, es evidente que también subyace una noción de “cultura” con la cual la universidad se halla comprometida, noción en ningún caso lejana de la concepción clásica de Humboldt; para Kirberg y para la universidad chilena del proyecto nacional-popular, cultura significa la difusión del saber ilustrado y el fomento del arte “culto” a nivel popular.<sup>12</sup>

[11] Ver *University in Ruins* de Bill Readings (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1996).

Un ejemplo paradigmático de esta concepción cultural y educacional del Estado socializante de los 60 y 70 en Chile fue la radioemisora de la Universidad Técnica del Estado, la cual no era en una estación abierta a la participación de la audiencia sino que estructuraba su programación de un modo compacto, en torno al saber de la “alta cultura”—principalmente, música clásica—y a los saberes de las ciencias y la tecnología. La

[12] Me parece altamente sugestiva la lectura llevada a cabo por Willy Thayer, en su libro *La crisis no moderna de la universidad moderna* (Santiago: Editorial Cuarto Propio, 1996) en torno a la dimensión “expansiva” de la universidad ilustrada. Su perspectiva crítica de cuño nietzscheano es un buen punto de partida para desmantelar las habituales idealizaciones que existen de las políticas culturales de Estado bajo el paradigma del Estado benefactor en América Latina.

Radio Universidad Técnica del Estado educaba: difundía, diseminaba el saber alto. Esto hace del proyecto desarrollista y populista algo marcadamente moderno, al punto de sujetar lo nacional-popular en sus propias redes institucionales de saber y cultura, lo que es, después de todo, su rasgo constitutivo: “la generalización de la ilustración figuraría entre los ‘dogmas’ que repite con fuerza el Estado moderno” (Thayer 157).

Sin embargo, a esta matriz “modernista” característica del Estado populista latinoamericano, el período 1969-1973 le incorpora un marcado elemento de clase: en mayo de 1969, la Universidad Técnica del Estado suscribe un acuerdo con la Central Unitaria de Trabajadores, acuerdo que implica una serie de medidas que favorecen el acceso a la educación superior para la “clase trabajadora” (Kirberg 15 1981). De este modo, la Universidad Técnica se constituye en un baluarte de un Estado que se concebía como el “gran educador” de las “masas populares”. Por tanto, la “racionalidad” ilustrada, a lo Kant, y la “cultura”, en el sentido de Humboldt, no se alteran de un modo radical, sino que se recrean como parte del impulso nacional-popular de universidad/Estado. El ideal de “razón” solidaria y “cultura” socializada se combina con las “tareas nacionales” en el contexto del modelo industrializador, en cuanto, junto a la Universidad Federico Santa María de Valparaíso, la UTE se concentra fuertemente en las ciencias y técnicas del área de la minería, la metalurgia y las ingenierías. En suma, para el Estado industrializante y solidario, la universidad constituye un agente socializante de primer orden, ligado a la construcción de la “sociedad” y la “cultura” dentro de una idea de “misión nacional”.<sup>13</sup>

[13] El artículo 2 del “Estatuto Orgánico de la Universidad Técnica del Estado”, firmado por Salvador Allende y aprobado por el Parlamento, señala: “La Universidad Técnica del Estado debe propender al estudio, difusión y solución de los problemas nacionales, a fin de contribuir a la conquista de la total y plena independencia del país.” Extraigo la presente cita del libro *Los nuevos profesionales: educación universitaria de trabajadores UTE 1968-1973* de Enrique Kirberg (Guadalajara, México: Instituto de Estudios Sociales, 1981).

Estos elementos ayudan a leer *de otra manera* el significado simbólico que posee el hecho de que la presentación pública de Milton Friedman, en Santiago, se lleve a cabo bajo el auspicio de la Facultad de Administración y Economía de la Universidad Técnica del Estado; esto, a menos de dos años de producido el abrupto fin de la experiencia más radical del Estado solidario y socializante, la del gobierno de Salvador Allende (1970-1973).

Cabría preguntarse, ¿qué implica este movimiento simbólico por parte del discurso anti-estatista al interior mismo de los restos icónicos del Estado populista en ruinas? ¿Por qué se pone en escena el discurso de Friedman bajo el signo de una universidad tan intensamente ligada a dicha matriz? ¿Hasta qué punto, entonces, se puede decir que la nueva matriz de Mercado depende estratégicamente, en su articulación, de las garantías de sentido histórico-cultural que le suministra la vieja cultura del Estado benefactor?

Sin embargo, para poner en contradicción estas preguntas, habría que notar el hecho de que la conferencia de Milton Friedman no tiene lugar en el mismo campus de la UTE, sino en el Edificio Diego Portales, donde fuera la sede de la Junta Militar durante sus primeros años de gobierno.<sup>14</sup> Por tanto, la Universidad Técnica del Estado,

[14] La elección de este lugar para la charla de Friedman pudo haber tenido consideraciones de infraestructura—carencia de un local adecuado en el campus de la UTE—, pero, admitiendo dicha variable, creo que cobran más peso las dimensiones simbólicas en juego en este desplazamiento.

en tanto entidad patrocinadora de la conferencia de Friedman y de su posterior publicación, actúa meramente como nombre, minado en su *raison d'être*, desmaterializado y desterritorializado. Lo que queda es un resto de sí, su nombre, registro de la radical crisis de referencialidad de la cultura ilustrada del Estado industrializador y benefactor—su ícono universitario en ruinas. La nueva economía simbólica de mercado absorbe un ícono de la cultura de Estado como pura marca, sometiéndola a su lenguaje de apariencias, de virtualidades, imagen de *marketing*.

*La operación retórica de Friedman se puede leer como una manera de sentar las bases para un vínculo productivo entre la alta academia, los asuntos de gobierno y la vida económica, desbancando la localización metafísica del saber en las configuraciones platónicas del viejo "espíritu universitario".*

La Universidad, o más bien el Estado-Universidad, ya no implica "razón" y "cultura" en un sentido substancial y territorializado, sino un puro efecto de superficie e imagen. No es "territorio" privilegiado de saber, sino marca o sello sin lugar estable, el cual, en su residualidad de accesorio, se vuelve parte de la movilidad de los intercambios. De este modo, la Universidad se adhiere a la gramática misma del mercado: el movimiento constante de las mercancías. Este desplazamiento, sintagmáticamente presente en el tramado de "la escena Friedman en Chile", anticipa lo que constituye la "gran transformación" de la universidad chilena en la década del 80: la prolífica emergencia de universidades privadas. Este hecho funda un vínculo determinante, hasta ese entonces secundario, entre educación superior, propiedad privada y lógica de mercado en Chile.<sup>15</sup> A partir de este momento, se instala un singular mercado

[15] Véase el trabajo-informe de Jose Joaquín Brunner "El proceso de desarrollo de las universidades privadas en Chile" (Santiago: Corporación de Promoción Universitaria, 1992).

de universidades, desplegado como una serie de nombres, sellos e imágenes. Las nuevas entidades, antes que en un territorio o campus, se constituyen en la esfera de la imagen, el *marketing*. Además del hecho de que se instala la universidad privada, la promocionalidad se transforma en condición y condicionamiento para la universidad chilena en general; al igual que en las sociedades del capitalismo avanzado, "la universidad ha sido más y más asimilada a las modalidades del mercado" y "ha llegado a ser profundamente implicada en la dinámica promocional que siempre acompaña el intercambio competitivo" (Wernick 157).<sup>16</sup> Lo que Andrew Wernick —en su aguda

[16] Hago aquí referencia a Promotional Culture: Advertising, ideology and symbolic expression de Andrew Wernick (Londres: Sage Publisher, 1991). Este libro resulta bastante iluminador respecto del fenómeno de la "cultura promocional" como condición de la cultura contemporánea. En particular, me parecen claves sus capítulos sobre "la política promocional" (124-53) y "la universidad promocional" (154-80), como también su capítulo final sobre la noción de "cultura promocional" en su alcance más global (181-98).

reflexión sobre el estatus de las instituciones académicas durante y después de la Inglaterra de Thatcher y el Estados Unidos de Reagan— ha definido como "la universidad promocional", en el Chile de Pinochet y el "ajuste estructural," ha pasado también a marcar el sintagma mismo de las relaciones de universidad, cultura publicitaria y mercado. Los nuevos centros universitarios se diseminan en múltiples lugares del Gran Santiago y el país, pero sobre todo en los avisos publicitarios: en las páginas comerciales de periódicos y revistas, en la velocidad del aviso radial, en la superficie espectacular de la pantalla televisiva, o en los grandes avisos instalados vistosamente en medio del tráfico de ofertas y demandas del espacio urbano chileno de fin de siglo.

En este mismo trayecto, "la escena Friedman en Chile" registra la dramática dislocación del "nombre" Universidad Técnica del Estado de su territorialidad, haciendo evidente una economía simbólica de intercambio y movilidad característica de la cultura de mercado y que se anuncia en el discurso mismo del economista norteamericano. La liviandad de los flujos de intercambio —el juego del mercado libre— permite relativizar el vínculo de un nombre —UTE, como marca o sello— a la densidad geográfico-semántica de un territorio. Para explicitar este impulso móvil de la lógica de intercambio, basta volver a las primeras líneas (de la previamente transcrita) cita de Friedman: "Una economía de mercado es aquella que elimina las barreras aduaneras y las restricciones y permite que cualquier ciudadano del país compre donde crea que puede comprar más barato y que produzca bienes que pueda vender en el exterior al precio más conveniente" (15). Lo que se puede leer en estas líneas del economista norteamericano es todo un subtexto sobre la desterritorialización de los signos en la sociedad de mercado y, por tanto, en el contexto chileno y latinoamericano, una ruptura radical con la cultura del proteccionismo estatal, cuya lógica implica, precisamente, un con-

junto de barreras, fronteras, identidad(es) territorial(es). Como lo han sugerido los sociólogos Fernando Calderón y Mario Dos Santos, el lugar del territorio fue característico de "la economía simbólica" de los movimientos nacional-populares, o del Estado de Compromiso en América Latina: "la calle, la escuela, la cancha de fútbol, la peluquería de la esquina y otros tantos espacios del ocio, el consumo y el trabajo se convirtieron en unidades de reproducción social de la sociabilidad populista" (Calderón y Dos Santos 29).<sup>17</sup> En el Chile de los 60 y los 70, la fábrica y la universidad habían sido espacios de enorme densidad simbólica. El acto de desvincular el nombre de una universidad—la UTE—de su territorialidad pasa a constituir una práctica paradigmática, en cuanto desarticula aquel locus del territorio que marcara la cultura del Estado industrializador y benefactor, y, en su contraparte, acentúa hiperbólicamente la dinámica móvil del signo en la era del "mercado libre".

#### LA NUEVA ECONOMÍA DEL SABER

Si algo había caracterizado a la sociedad del Estado de Compromiso era la figura del intelectual ilustrado envuelto en los proyectos socializantes, como parte de la cultura iluminista que se ponía "al servicio del pueblo". A su vez, el "académico" de "la torre de marfil" se constituiría en su contrapunto, para defender las altas esferas de la universidad y el conocimiento ante la oleada populista de los 60.<sup>18</sup> Ambas figuras del saber

[17] Ver Sociedades sin atajos: cultura, política y reestructuración económica en América Latina de Fernando Calderón y Mario R. Dos Santos (Buenos Aires: Paidós, 1995).

[18] El filósofo Jorge Millas es una de las figuras académicas que articulara con mayor fuerza "el ideal universitario" de la "autonomía" con respecto al convulsivo cuadro político y social de los 60 en Chile, lo cual se puede rastrear en los diferentes ensayos que componen su libro De la tarea intelectual (Santiago: Editorial Universitaria, 1974). En 1962, al incorporarse a la Academia Chilena de la Lengua, Millas titula su discurso "Platón: La misión política del intelecto," demarcando así su "ideal" de la labor intelectual (Millas 27-60). El mismo año, en una charla dirigida a los estudiantes de la Universidad de Chile, señala: "Que no se engañe la juventud... Abandonada a ese impulso, queda a merced de las fuerzas—principalmente ideológicas—que intentan secuestrarla y cerrarle el paso a sus posibilidades de hombres autónomos. Por eso tiene que someterse a la disciplina, un tanto ascética, pero no pacata—y, en todo caso, conciliable con la euforia y el regodeo vital de los jóvenes—, a la disciplina, digo, que imponen la inteligencia y la búsqueda del saber" (Millas 74). En otro evento de 1962, el Cuarto Encuentro de Escritores de la Universidad de Concepción, contesta la intervención del escritor Carlos Fuentes—ardiente defensor del "intelectual comprometido" en aquel momento—, para enfatizar su resistencia a lo que denomina el peligro de la "servidumbre ideológica" (Millas 79). Esto mismo llevó a Jorge Millas, hacia fines de los 70, a quitarle su apoyo al proyecto universitario intervencionista del régimen militar y volver a defender su "ideal universitario" de "autonomía" académica.

fueron protagónicas en los debates en torno a la Reforma Universitaria durante el gobierno de Frei y luego en el gobierno de Allende, proceso en el cual se enfrentaban "la universidad del pueblo y para el pueblo" —como se concebía la Universidad Técnica del Estado del período, por ejemplo— *versus* la universidad como "torre de marfil". En estos dos modelos de productor intelectual se articula una concepción trascendente del saber, sea como redentor social o como defensor de un lugar privilegiado del "alto espíritu". Es decir, ambas figuras conllevan una metafísica de valores superiores.

La irrupción de la tecnocracia de los *Chicago boys* marca un punto de ruptura con ambas concepciones, en cuanto, en ningún caso, ni el saber ni la universidad se conciben a partir de una matriz iluminista trascendente. En el nuevo marco, la "ciencia económica" determina los lugares ciertos de saber. El lugar privilegiado de la economía—por sobre lo social, lo político, lo ideológico—es lo que hace de esta nueva elite una tecnocracia, radicalmente comprometida en el establecimiento de un culto y un cultivo de lo técnico. Dentro de esta cul-

tura tecnocrática, la articulación del privilegio de lo técnico implica todo una propuesta de reconfiguración de los valores sociales. De hecho, los economistas pasan a jugar un papel más que técnico, convirtiéndose en *agentes culturales*: a través de los *mass media* se posicionan no sólo como diseminadores del saber calificado de “la ciencia económica,” sino también como productores de sentidos de valorización político-cultural de la misma, es decir, instalan un lugar paradigmático para el saber técnico (“la ciencia económica”) en la polis (la sociedad chilena).

La intervención de Friedman contiene los signos de ese giro, anunciando una transformación cultural de alcance global con respecto a la tradición valórico-cultural de los círculos “intelectuales” chilenos. El sujeto académico asentado en la matriz platónico-iluminista ya no es sino antípoda de la tecnicidad de la nueva figura de saber en el espacio público: el técnico altamente calificado, figura que se hará parte del universo simbólico de Chile tanto bajo el gobierno militar como, posteriormente, en el contexto democrático de la década de los 90. En este desplazamiento, sin embargo, emerge una nueva paradoja: por esquivar a Platón y hacerse del saber técnico una moneda circulante en la *cultura ciudadana*, el discurso de los economistas retiene del populismo el *surplus* de lo popular: del populismo del intelectual redentor de la era industrializante y desarrollista se ha pasado al populismo del intelectual de mercado, cuya primera versión se constituye en el lenguaje e imagen de Friedman y los *Chicago boys*.

Esta nueva figura del técnico no se autoriza en un discurso trascendente, ejerce el discurso seco de la macroeconomía y, como sujeto público, en gran medida lo constituye el *marketing*. De hecho, en el caso chileno, Friedman y los *Chicago boys* materializarán este corte a partir de su propia conversión en “una marca” más en el mercado: el *cachet* de “ser de Chicago”. Los sujetos del saber funcionan como “el producto” de una transacción académica e intelectual entre EE.UU. y Chile.

La economía simbólica del intercambio y del beneficio marca la genealogía de lo que he denominado “la escena Friedman en Chile”. Esto se halla implícito en los primeros párrafos de su intervención al referirse al “convenio” suscrito en 1955 entre la Universidad de Chicago y la Universidad Católica de Chile, a través del cual “estudiantes” de Economía de la entidad chilena pudieron estudiar en Chicago y “profesores” de la institución norteamericana “colaboraban” con el Departamento de Economía de la Universidad Católica (Friedman 9). Lo que aquí me parece interesante es que la dinámica del “intercambio” de saberes aparece mediada por una asimetría cultural Norte/Sur, donde el Norte (Chicago) se inviste de la autoridad de los “profesores” y el Sur (Santiago de Chile) se asocia implícitamente a la posición de los “estudiantes”. Asimismo, al cierre de su conferencia, el economista norteamericano vuelve a configurar su mirada sobre el Sur (Chile) a partir de figuras retóricas de jerarquía y asimetría en el saber: acudiendo a la metáfora médico/paciente, Friedman una vez más inviste su locución discursiva (el privilegio geocultural del Norte) con el poder del saber médico/económico, subordinando simbólicamente *todo un país* a una figura biológica y psicológica anómala, enferma, el paciente en necesidad de “tratamiento de shock”, como lo explicita en las siguientes frases:

“No quiero dejarles con falsos conceptos o con equívocos: no se logrará ponerle fin a la inflación sin pagar costo alguno, pero continuar con una inflación tiene también altos costos. En el hecho, Chile es un país muy enfermo y un enfermo no puede esperar recuperarse sin costo.” (16)

Lo llamativo en estas líneas es que, ya en el último cuarto del siglo veinte, el discurso técnico sobre la inflación se refuerza a partir de una metáfora cargada de ecos decimonónicos. Pre-

cisamente, en *El nacimiento de la clínica*, Foucault subraya este tropo presente en las ciencias humanas del siglo diecinueve, en que sus conceptos estaban armados en un espacio cuya profunda estructura respondía a la oposición saludable /mórbido y que, en su desplazamiento de la biología a la psicología, daba lugar a la bipolaridad médica de lo normal y patológico.<sup>19</sup> De

acuerdo a Michael Aronna, la re-iteración de estas taxonomías en el terreno filosófico, social y político-económico dio lugar a que, en una serie de ensayos del *fin de siècle*, se recurriera a explicaciones médicas y psicológicas para referirse al subdesarrollo en España (como parte de una Europa periférica) y a América Latina, cuyas naciones serían “demasiado enfermas, inmaduras, retardadas y ‘femeninas’ como para poseer las cualidades morales y racionales necesarias para el progreso nacional” (Aronna 21).<sup>20</sup> Esta patologización de las formaciones capitalistas en crisis y la obsesión por una “modernización científica” de atributos correctivos y curatorios se reitera en el discurso de Friedman a través del tropo del “país enfermo” y “el tratamiento de shock”. Subsecuentemente, ahora desde la ciencia económica, se reinstala un lenguaje de disciplinamiento frente al “caos” o “trastorno” de una sociedad capitalista periférica (Chile), estableciéndose así un hecho llamativamente paradójico: en una era de supuesto “mercado libre”, la economía geopolítica de la producción intelectual y el saber dominantes aún depende de una cartografía simbólica en la cual las relaciones Norte/Sur se delinean según ejes de jerarquía y subordinación: centro/periferia, arriba/abajo y, en última instancia, ciencia normalizadora/pueblo enfermo.<sup>21</sup>

[19] Aquí me parece pertinente llamar la atención sobre el grado de ubicuidad que ha tenido la lógica salud/enfermedad en los discursos de la economía política circulante durante el siglo veinte en América Latina. En su artículo “The Globalization of Culture and the New Civil Society,” George Yúdice ha subrayado el hecho de que “la teoría de la dependencia y el anti-imperialismo en última instancia vuelven a apelar a la pureza y la salud de la nación auténtica ante la amenaza de contaminación cultural extranjera” (págs. 353-79, en *Cultures of Politics, Politics of Culture: Re-visioning Latin American Social Movements*, eds. Sonia Alvarez et al., Boulder, Colorado: Westview Press, 1998). Sobre esta base, se funda uno de los enfoques económicos más influyentes en los debates del ciclo desarrollista e industrializador sustitutivo de importaciones en la región y ante el cual reaccionan en buena parte las políticas del “ajuste estructural”. Así, el discurso de Friedman, al erigirse en la misma cadena de tropos retóricos (salud/enfermedad), no hace sino develar una ansiedad clínico-disciplinaria de más larga duración en la retórica de la economía política.

En este cuadro de oscilación ansiosa entre las hipérboles del disciplinamiento y el caos, si la lógica de *autoridad fuerte* articula iconográficamente la esfera política (Diego Portales, la Junta Militar, el Rector Delegado), igualmente el saber técnico de los economistas tiene como condición constituyente una figura homóloga, la autoridad del “centro”: Chicago, Estados Unidos. Así, la figura de Friedman hace patente la dinámica asimétrica de los “intercambios” en la economía política del saber, en cuanto comporta la condición geocultural de un hablar académico desde el Norte, desde el *podium* del conse-

[22] Uso las categorías de “geocultura” y “geopolítica” a partir de las elaboraciones conceptuales de Immanuel Wallerstein en *Geopolitics and Geoculture* (Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1991).

[23] Me interesa estratégicamente dejar entre comillas el término “dependencia” en tanto sólo señala una variable sino todo un paradigma de lectura y teorización de las relaciones EE.UU./América Latina: el de la “teoría de la dependencia.” Al respecto, tengo como referencia el ya clásico texto de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y Desarrollo en América Latina* (México D.F.: Siglo Veintiuno Editores, 1969).

menor de los “estudiantes” y el “enfermo” —la “inmadurez” y “anomalía” ontológica de la periferia— devela la persistencia del lado asimétrico en la economía geocultural de los saberes en tanto paradoja del nuevo tramado simbólico de la liberalización y la economía abierta.

Por esto mismo, una y otra vez, el mismo Friedman intenta en vano desmarcarse de la variable “dependencia” que, aún a fines del siglo veinte, asedia la economía simbólica Norte/Sur del saber, en la cual se inscribe irremediamente su retórica del intercambio, constituyendo la historicidad de su “lugar de enunciación”.<sup>24</sup> Esta ansiedad de ocultar dicha locación

[24] Me apropio aquí del concepto “lugar de enunciación” delineado por Walter Mignolo en su libro *The Darker Side of the Renaissance* (págs. 315-34, Ann Arbor, EE. UU: University of Michigan Press, 1994).

se ilustra en diferentes momentos de su charla: en su réplica a la categorización platónica como “hombre” de “real sabiduría” en que lo enmarca su presentador, o su apelación al recurso retórico de la desautorización al comienzo de su intervención: “Debo decir, en honor a la exactitud, que llegué hace una semana y que esta es mi primera visita a Chile, de tal suerte que no puedo pretender la calidad de experto” (Friedman 9). En una entrevista concedida a un periódico chileno, ya veinticinco años después, el economista estadounidense vuelve a bregar con el espectro de su “lugar de enunciación”:

“No me siento bien cuando me etiquetan como el padre del modelo económico chileno. Yo no lo fui. Nadie es el padre de este modelo. Lo que se hizo en Chile fue simplemente *aplicar los principios de la economía* a las circunstancias especiales que vivía este país. Quienes merecen el crédito en esto son los *Chicago boys* que crearon un programa económico y lo hicieron funcionar. Debo enfatizar que mi rol y el de *quienes pertenecíamos a la Universidad de Chicago* fue totalmente *económico*.” (Lagos 12) [énfasis mío]<sup>25</sup>

[25] Ver “Milton Friedman: Yo no soy el padre del modelo económico chileno,” entrevista a Friedman de la periodista Andrea Lagos (*Diario La Tercera*, Santiago 02/04/00).

Lo que aquí se vuelve evidente es que “los principios de la economía” y la autoridad del saber económico—es decir, la teoría—se imaginan en torno al espacio geocultural de Norteamérica, enmarcando al Otro *latinoamericano* (Chile) en el dominio de la experiencia, de la práctica y la aplicabilidad. Es paradójico que, al intentar desmarcarse de su lugar de autoridad, Friedman vuelve a reiterar una asimétrica economía simbólica del saber, desestabilizando el propio impulso del “mercado libre” al establecer una taxonomía del conocimiento en la cual, sintagmáticamente, la epistemología de “los principios” se articula desde el Norte y la esfera de la ontología de la “experiencia”—el dominio del “aplicar”—en el Sur.<sup>26</sup>

[26] Las reflexiones de Nelly Richard sobre centro/periferia en la producción de teoría y conocimiento me han resultado claves para desarrollar mis argumentos. Ver Nelly Richard, *La estratificación de los márgenes* (Santiago: Francisco Zegers Editores, 1989).

Sin embargo, es evidente que, después de 1973, la academia norteamericana pasó a jugar un papel más prominente en el *training* de intelectuales y académicos chilenos, reconfigurando la cartografía previa de los intercambios y cruces con los “centros” metropolitanos—tradicionalmente, Francia, Alemania y España. A pesar del lado asimétrico que he advertido en la trayectoria hegemónica de los saberes, como se dramatiza en el caso del discurso de Friedman, no es menos cierto que “la escena Friedman en Chile” también registra la emergencia de *un mercado académico y cultural* que desata variantes nuevas en la producción, circulación y consumo de conocimientos en el horizonte económico-simbólico Norte/Sur. En palabras de Néstor García Canclini, “el pasaje latino-europeo a un ‘destino’ norteamericano ha modificado no sólo a las sociedades latinoamericanas, sino a las ciencias sociales, las artes y las referencias de autoridad y prestigio en la cultura masiva” (17).<sup>27</sup> Esto

“La escena Friedman en Chile” anticipa lo que constituye la “gran transformación” de la universidad chilena en la década del 80: la prolífica emergencia de universidades privadas. Registra la dramática dislocación del “nombre” *Universidad Técnica del Estado* de su territorialidad, haciendo evidente una economía simbólica de intercambio y movilidad característica de la cultura de mercado.

tiene plena validez para un variado espectro de vetas disciplinarias e ideológicas al interior del campo intelectual chileno, abarcando desde la nueva tecnocracia económica de derecha, centro-derecha y centro-izquierda, pasando por los exiliados de izquierda en EE.UU. tras el golpe militar de 1973, hasta los nuevos cruces de la crítica cultural, los estudios culturales, el feminismo y las teorías poscoloniales. De cualquier manera, se trata de un circuito multívoco de intercambios, de un nuevo mercado de discursos y saberes que, en sus flujos híbridos, no cierra sino que abre la posibilidad de contestar las economías simbólicas del capital transnacional.<sup>28</sup>

[27] Ver *Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización* de Néstor García Canclini (México D.F.: Editorial Grijalbo, 1995).

Así, “la escena Friedman en Chile” dramatiza el estrecho vínculo de saber y mercado, o en un sentido más extenso, lo cultural y lo económico. El intercambio académico está contenido dentro del discurso económico de intercambio y beneficio; en este caso, el propio discurso de Friedman da cuenta de dicha yuxtaposición y mixtura simbólica al hacer referencia al “convenio” Universidad de Chicago / Universidad Católica:

[28] Creo que esta nueva dinámica hegemónica Norte/Sur no se puede leer desde las fijaciones identitarias del latinoamericanismo y tercermundismo canónico, ya que, en un escenario de cruces más complejos, se hace imposible el retorno al binarismo de las teorías anti-imperialistas y de la dependencia, sujetas a una lógica dialéctica de centro/periferia, con sus consiguientes rigideces identitarias, basadas en oposiciones fijas de uno y otro polo.

“La presencia de jóvenes tan capacitados y brillantes significó para nosotros un valioso aporte intelectual que nos *benefició apreciablemente*. Espero que Chile también se haya *beneficiado*. Como creyente de la cooperación voluntaria, estimo que ningún *intercambio* es plenamente satisfactorio a menos que ambas partes *se beneficien*.” (Friedman 9) [énfasis mío]

En este párrafo, Milton Friedman, al implicar los términos intercambio y beneficio, hace evidente la simbiosis de lo económico y lo cultural, la transacción académica y la lógica del negocio, cohabitaciones que se hallan en la base de la cultura de mercado y que se intensifican en el contexto del Chile post-70. El saber ahora se hace parte del Mercado de Capitales, se importa/exporta, se negocia, dependiendo de la lógica del beneficio. En este nuevo escenario, del marcado predominio de la figura de “los técnicos” y el lenguaje macroeconómico de la economía post-industrial, el saber se transforma en parte de los intercambios de mercado, al mismo tiempo que la cultura ya no se valida “como pantalla del espíritu o el Sujeto” y, más bien, “se legitima como insumo para un producto que no tiene nada de trascendente ni de interior: producto que, a su vez, se legitima por la utilidad que ha podido derivar del insumo” (Hopenhayn 110).<sup>29</sup>

En este marco, “la escena Friedman en Chile” anticipa la relocalización del saber académico y la producción intelectual *dentro del mercado*, uno de los rasgos constitutivos de la intensificada cultura de mercado que marca la sociedad chilena de fines del siglo XX. Esto no sólo será válido para los saberes económicos, políticos y culturales del mundo neoconservador sino que constituirá el suelo mismo de funcionamiento del campo intelectual y cultural chileno en su globalidad.

[29] Cito aquí el ya aludido trabajo de Martin Hopenhayn: *Ni apocalípticos ni integrados: aventuras de la modernidad en América Latina*.